

Zarzarrosa (La bella durmiente del bosque)

Hace mucho tiempo vivían un rey y una reina que aunque exclamaban todos los días «¡Ay, si tuviésemos un niño!», no lograban tenerlo. En cierta ocasión, estando la reina bañándose, salió una rana del agua, se arrastró hasta ella y le dijo:

-Tus deseos se cumplirán: antes de que pase un año traerás una niña al mundo.

Lo que predijo la rana se cumplió, y la reina dio a luz una niña tan hermosa que el rey no cabía en sí de alegría y dio una gran fiesta. No sólo invitó a sus parientes, amigos y conocidos, sino también a las hadas, para que se mostrasen propicias y benévolas con su hija. En total eran trece en su reino pero, como sólo tenía doce platos de oro en los que pudieran comer, una de ellas hubo de ser excluida. La fiesta se celebró con toda pompa y, al terminar, las hadas fueron otorgando a la niña sus prodigiosos dones: la una le dio virtud; belleza la otra; la tercera riquezas; y, así sucesivamente, todo aquello que es deseado en el mundo. Cuando la undécima acabó de otorgar su gracia, se presentó de repente la que hacía el número trece. Quería vengarse de no haber sido invitada y, sin saludar ni mirar a nadie, dijo en voz alta:

-Cuando cumpla quince años, la princesa se pinchará hilando y caerá muerta al suelo.

Y, sin decir una palabra más, les dio la espada y abandonó la sala. Todos quedaron aterrados; entonces se adelantó la duodécima, que todavía no había pronunciado su deseo y, no pudiendo revocar el malvado conjuro sino sólo atenuarlo, dijo:

-La princesa no caerá muerta, sino que se sumirá en un sueño de cien años.

El rey, queriendo proteger a su querida hija de su destino, ordenó que fuesen quemadas todas las ruelas del reino. Mientras tanto, fueron cumpliéndose en la niña todas las virtudes otorgadas por las hadas, pues era tan hermosa, casta, amable y comprensiva que todo el que la veía se prendaba de ella.

El rey y la reina se ausentaron el día en que cumplió los quince años, y la niña se quedó sola en el palacio. Entonces se puso a recorrerlo todo a su antojo, entrando en alcobas y aposentos; finalmente llegó a una vieja torre. Subió por una estrecha escalera de caracol hasta un rellano en el que había una puertecita. En la cerradura había una llave enmohecida y, cuando le dio una vuelta, la puerta se abrió y vio, en una alcobita, a una anciana que, con un huso en la mano, hilaba laboriosamente su lino.

-Buenos días, abuelita -dijo la princesa-. ¿Qué estás haciendo ahí?

-Estoy hilando -respondió la anciana moviendo la cabeza.

-¿Y qué es esa divertida cosita que da vueltas como una bolita?

Y diciendo esto, la niña cogió el huso y quiso ponerse a hilar. Mas apenas lo hubo tocado se cumplió el conjuro y se pinchó con el huso.

Y en el mismo momento en que sintió el pinchazo cayó sobre una cama que allí había y quedó sumida en un profundo sueño. Y su sueño se extendió por todo el palacio; el rey y la reina acababan de llegar y empezaron a quedarse dormidos cuando entraban en la sala; y con ellos, se durmió toda la corte. Y se durmieron también los caballos en sus caballerizas; los perros en el patio; las palomas en los tejados; las moscas en las paredes; sí, hasta el fuego, que llameaba en el hogar, se aquietó y durmió; y el asado dejó de asarse; y el cocinero, que iba a castigar con un tirón de orejas un descuido del pinche de cocina lo soltó y se quedó dormido. Y el viento se detuvo y en los árboles que crecían junto al palacio no volvió a moverse ni una sola hoja.

En torno al castillo creció un seto de escaramujos que cada año se hacía más alto, acabando, finalmente, por cercar todo el palacio y cubrirlo con su espesura, de tal forma que nada de él podía verse, ni siquiera la bandera en la torre. Y por todo el país se extendió la leyenda de Zarzarrosa, la bella durmiente, que así fue llamada la princesa; y, de tiempo en tiempo, llegaban príncipes que querían penetrar en el palacio atravesando el seto. Pero no les era posible, pues las espinas, como si fuesen manos, los agarraban fuertemente; así los jóvenes quedaban prisioneros, no podían liberarse y morían de una muerte cruel.

Al cabo de muchos y largos años llegó al país un nuevo príncipe que oyó hablar a un anciano del seto de escaramujos: tras él se ocultaba un palacio en el que una hermosa princesa, llamada Zarzarrosa, dormía desde hacía ya cien años; y con ella dormían también el rey y la reina y toda la corte. También sabía por su abuelo que habían venido ya muchos príncipes para intentar atravesar el seto, pero que todos habían quedado aprisionados en él, hallando una triste muerte. Entonces dijo el joven:

-No tengo miedo; iré allí y veré a la bella Zarzarrosa.

Y nada pudieron los consejos del anciano: el príncipe no hizo caso de sus palabras.

En esto transcurrieron los cien años y llegó el día en que Zarzarrosa tenía que despertar. Cuando el príncipe se acercó al seto de escaramujos lo encontró lleno de grandes y hermosas flores, que se apartaban voluntariamente ante él y le permitían pasar sin daño alguno, cerrándose de nuevo a sus espaldas en espeso matorral. En el patio del palacio vio

a los caballos y a los pintados perros de caza, tumbados y durmiendo; en los tejados estaban las palomas con las cabezas escondidas bajo sus alas. Y cuando entró en el palacio, las moscas dormían en las paredes, el cocinero en la cocina tenía todavía la mano en alto, como si quisiera coger al mozo, y la criada estaba ante el negro pollo que tenía que pelear. Siguió andando por los salones y vio a toda la corte, ten-

dida y durmiendo; y arriba, en el trono, yacían el rey y la reina. Siguió, y reinaba un silencio tan profundo que podía escuchar su propia respiración, y, finalmente, llegó a la torre y abrió la puerta de la alcobita donde dormía Zarzarrosa. Allí estaba echada, y era tan hermosa que no pudo apartar de ella los ojos; se inclinó y la besó.

Al rozarla con los labios Zarzarrosa abrió los párpados, despertó y lo miró muy tiernamente. Bajaron juntos entonces, y el rey se despertó, y la reina, y toda la corte, y se miraban unos a otros sorprendidos. Y en el patio los caballos se levantaron y se sacudieron; los perros de caza saltaron y ladraron; en el tejado las palomas sacaron las cabecitas de entre las alas, miraron en derredor y partieron volando por los campos; las moscas siguieron andando por las paredes; el fuego se levantó en la cocina, llameó y cocinó la comida; el asado siguió asándose; el cocinero le propinó al mozo una guantada tan fuerte que le hizo gritar; la criada acabó de pelar el pollo. Y entonces se celebró con toda pompa la boda del príncipe con Zarzarrosa, y vivieron felices hasta su muerte.